



Trabajo social, globalización e interculturalidad

El verano del pasado año 2000 se celebró una Conferencia conjunta de la Federación Internacional de Trabajadores Sociales y la Asociación Internacional de Trabajadores Sociales para estudiar la relación entre la globalización mundial y el trabajo social. La sede de la Conferencia radicó en Montreal, Québec (Canadá).

Por este motivo, la Canadian Social Work ha publicado un número especial (en castellano, francés e inglés) titulado **Trabajo Social y globalización**. Este número se encuentra dedicado al análisis detallado del fenómeno de globalización económica, social y cultural y su relación con el trabajo social.

Pensamos que es un tema de suficiente interés para plantearlo en LA TERTULIA de INTRESS. Aborda una cuestión que nos concierne a todos los profesionales involucrados en el trabajo social en su sentido amplio: diplomados en trabajo social/asistentes sociales; educadores de calle y de familia; psicólogos, pedagogos y sociólogos, ...

Las recientes oleadas inmigratorias que están llegando a España, la frontera sur de la rica Unión Europea, recalcan en nuestro ámbito local esta situación de globalización mundial. La evolución demográfica y económica de los países occidentales y, en concreto, del Estado español, hace suponer que los flujos inmigratorios: de Latinoamérica, Africa subsahariana, Magreb... aumentarán en el futuro.

La globalización crea espacios territoriales de interculturalidad. Este hecho nos debe hacer plantear que modelo de integración queremos. Simplificando. ¿El modelo inglés o el modelo francés? ¿Un modelo mixto, un nuevo modelo?

El debate que planteamos lo enfocamos en torno a las siguientes cuestiones: **¿cuál debe ser el papel de los trabajadores sociales ante la situación de globalización mundial? ¿qué modelo de integración creemos el más adecuado para afrontar las situaciones de interculturalidad que se generan?**

Para introducir el debate y sugerir ideas hemos seleccionado un texto publicado en el número especial citado. Concretamente del artículo titulado "Las necesidades locales y la economía globalizadora: la labor del trabajo social como puente para disminuir la brecha", escrito por Jim Ife.

Texto introductorio al debate

Las necesidades locales y la economía globalizadora: la labor del trabajo social como puente para disminuir la brecha. Jim Ife.



“El título de este ensayo expresa un papel para el trabajo social en relación con disminuir el espacio entre lo global y lo local. Para que esto se logre se requerirá de una nueva definición del papel del trabajo social y del contexto de su labor.

No se puede más pensar globalmente y actuar localmente sino que ha llegado a ser necesario pensar y actuar en ambos niveles y en sus conexiones.

Los problemas de nuestros clientes son causados en parte por fuerzas globales y si debemos buscar las soluciones adecuadas es necesario comprometerse con la acción global.

Los trabajadores sociales han sido capaces de extender su labor del individuo a la estructura (o de lo personal a lo político) tanto en términos de su análisis como de su acción. El próximo desafío es extenderlo más a lo global y el capacitarnos a nosotros mismos y a nuestros clientes para ser activistas a nivel global.

En resumen, podemos señalar un número de prioridades fundamentales para la labor del trabajo social que pueden ayudar a lograr esta conexión entre lo global y lo local:

- * La concentración en el desarrollo de la comunidad como foco para la labor y la incorporación de enfoques de desarrollo de la comunidad en la totalidad de la labor del trabajo social.
- * Ampliar el ejercicio de una política de promoción en foros internacionales.
- * Desarrollar técnicas que habiliten, a los menos afortunados y a los oprimidos para que encuentren una voz, no solo a nivel nacional, sino también globalmente, en solidaridad internacional.
- * Hacer uso efectivo de las nuevas tecnologías para conectar tanto a los grupos de trabajadores como a los de la comunidad a nivel global.
- * Incluir a las fuerzas globales como un componente crítico del análisis de problemas y del aumento de conciencia.
- * Buscar representaciones y posiciones de trabajo social en ONG y en agencias internacionales de la ONU.
- * Incorporar un análisis de derechos humanos firme en forma paralela a la labor del trabajo social más tradicional basado en las necesidades.
- * Buscar oportunidades para los trabajadores sociales para el desarrollo de un entendimiento más internacional a través de programas de intercambio y cursos internacionales en escuelas de trabajo social.
- * Continuar el desarrollo del análisis e investigación sobre la conexión entre lo global y lo local en el ámbito del conocimiento, valores y habilidades del trabajo social.

No es posible, en esta etapa, establecer más claramente la respuesta del trabajo social frente a la globalización. Lo anterior representa áreas de desarrollo potencial y de búsqueda de formas creadoras de su labor. Será necesario que los trabajadores sociales desarrollen estos aspectos si es que el trabajo social va a continuar siendo pertinente en el naciente mundo de la globalización y si trabajadores sociales van a formar parte de un programa de “globalización desde abajo”.

(Para información detallada sobre la revista: Asociación Canadiense de Trabajadores Sociales: casw@casw-acts.ca)

Participaciones en el debate:

Incluimos en el debate una reseña de la presentación del último libro de Giovanni Sartori: La sociedad multiétnica, por su relación con el tema que nos ocupa; y la contestación al mismo de Joaquín Arango.

EL MUNDO. 5-IV-2001

Giovanni Sartori dice «no» al multiculturalismo sin barreras. El politólogo defiende una sociedad basada en la integración.

EMMA RODRIGUEZ . MADRID.-

Poner el dedo en la llaga, encender el debate y hacer un llamamiento a la reflexión profunda en torno a uno de los temas más conflictivos que se plantean a la sociedad contemporánea, las corrientes migratorias, es lo que hace Giovanni Sartori en su último libro, La sociedad multiétnica, publicado por Taurus.

La obra, que el politólogo presentó ayer en nuestro país como «un simple punto de partida», viene avalada por una fuerte polémica en Italia. Y es que este hombre de apariencia frágil se atreve a cuestionar lo que ahora mismo se considera políticamente correcto, a señalar los peligros de un multiculturalismo sin barreras y a defender, por encima de todo, un pluralismo basado en la integración de las distintas culturas, no en la reivindicación de sus diferencias.

«Cuanto mayor es la distancia cultural más difícil es la integración dentro de una sociedad», señaló ayer el autor, incidiendo en los graves problemas que crean comunidades como la islámica, conducida por la idea de que el occidental es un infiel e incapaz de separar la religión de la sociedad.

Cuestión de reciprocidad «No se trata de entablar una cruzada contra nadie, pero es necesario que la sociedad que acoge mantenga firmes los principios y valores del pluralismo, no aceptando a aquellas personas que no estén dispuestas a la reciprocidad, a dar y a recibir. En este caso se les puede dar la bienvenida como trabajadores, pero de ahí a otorgarles la ciudadanía hay un gran paso», declaró el autor, quien reprocha a Europa («una Europa asediada que acoge a emigrantes porque no sabe cómo frenarlos», escribe) no tener criterios más firmes y claros en cuanto a su política de inmigración. Sartori es tajante al respecto, y así lo expone en el libro: «Los extranjeros que no están dispuestos a conceder nada a cambio de lo que obtienen, que se proponen permanecer como “extraños” a la comunidad en la que entran hasta el punto de negar, al menos en parte, sus principios mismos, son extranjeros que inevitablemente suscitan sensaciones de rechazo, de miedo y de hostilidad».

Concretamente este punto es uno de los más polémicos de una obra que plantea el hecho de que «no todos los inmigrantes son iguales» y formula complejas interrogantes como hasta qué punto la sociedad pluralista debe ser tolerante con sus «enemigos culturales», cuál debe ser su grado de apertura y cómo puede acoger sin desintegrarse a extranjeros que la rechazan.

Sartori compara en su obra la sociedad europea, que en los últimos años está haciendo frente a corrientes de inmigración cada vez más masivas, con la norteamericana, donde el melting pot (crisol de orígenes, razas y lenguas) ha funcionado durante mucho tiempo. Y es que el punto de partida es bien distinto. Los inmigrantes que llegaban al Nuevo Mundo se encontraban con «un inmenso espacio vacío y eran felices de convertirse en americanos», mientras que «el Viejo



Mundo es desde hace tiempo un mundo sin espacios vacíos», constata el autor, quien también da cuenta de que «desde hace 30 años para acá el crisol americano ha perdido consistencia, ya que cada vez hay más gente que quiere imponer su identidad».

Cómo salvar la identidad de los anfitriones frente a la de los huéspedes

Después de analizar el tema del multiculturalismo desde el punto de vista económico y ético-político, recorriendo distintas corrientes de pensamiento y llegando a sus propias conclusiones, Giovanni Sartori apunta al final de la sociedad multiétnica un peligro bastante cercano, la pérdida de la identidad cultural de los países occidentales. «En Europa si la identidad de los huéspedes permanece intacta, entonces la identidad a salvar será, o llegará a ser, la de los anfitriones», señala, y pone como ejemplo los graves problemas que Francia está teniendo con la comunidad musulmana, incapaz de aceptar los valores de la sociedad de acogida, «un espejo claro de lo que podrá pasar pronto en Italia y también en España». El politólogo analiza en su libro fenómenos como la xenofobia y defiende el carácter útil de la inmigración. «¿Qué sentido tiene admitir a inmigrantes a los que no se pueda garantizar un puesto de trabajo?», se pregunta.

volver

El País Domingo, 6 de mayo de 2001

Trato igual

JOAQUÍN ARANGO

No es aventurado suponer que tras el presente debate resuenan los ecos suscitados por la publicación del último libro de Giovanni Sartori, la sociedad multiétnica, y su reciente estancia entre nosotros. Los méritos del eminente politólogo italiano son sobradamente conocidos como para requerir adicional ponderación aquí. Mucho me temo, sin embargo, que entre ellos no ocupe lugar prominente su última contribución. En ella sostiene, inter alia, que existen inmigrantes inintegrables; que la imposibilidad de integrarlos aumenta cuando el inmigrado pertenece a una cultura fideísta o teocrática; que las diferencias étnicas y religiosas producen 'extrañezas' insuperables, y que la ciudadanía concedida a inmigrantes inintegrables no conduce a la integración, sino a la desintegración. Es posible que Sartori haya pretendido provocar un debate; de hecho, sus palabras han suscitado tantas apologías como rechazos. Se trata de un debate estéril, mal planteado y, para sociedades como la española o la italiana, en una fase incipiente del proceso que las va a convertir en pluriétnicas y multiculturales, extemporáneo: un caso de acento mal situado.

Aceptemos por un momento, a los meros efectos del debate, que existan minorías de imposible integración, y extraigamos de ello las conclusiones que ni Sartori ni quienes comparten tales tesis extraen, seguramente porque resultan insostenibles. ¿Deberían las sociedades receptoras impedir la venida de los inmigrantes presuntamente inasimilables? ¿Deberían excluirlos de las políticas de integración, cegar su acceso a la ciudadanía? la primera opción es a la vez inaceptable e imposible. La selección por criterios étnicos es contraria a la conciencia moral de nuestro tiempo.



Extensamente practicada en el pasado, fue proscrita por inaceptable en los progresivos años sesenta. En EE UU, la legislación basada en cuotas raciales fue considerada incompatible con la nueva definición de los derechos humanos y repelida en 1965. Por los mismos años fueron abolidas en Canadá y Australia las leyes conocidas como White Only que regulaban la admisión de inmigrantes en esos países. Ese tipo de criterios es particularmente aborrecido en Europa. Sólo países autocráticos como los del golfo Pérsico se permiten seleccionar a sus inmigrantes en función de la nacionalidad. Pero, además de inaceptable, la pretensión de dejar entrar sólo a los preferidos sería vana. Hay modos de incentivar o facilitar la venida de personas de determinadas latitudes, pero es difícil evitar la de los no deseados. La realidad contemporánea deja poco lugar a dudas al respecto. ¿Debemos, pues, tratar de impedir su integración? ¿Negarles el acceso a la nacionalidad aunque reúnan los requisitos para ello? La respuesta me parece demasiado obvia. Pero conviene subrayar que ante todo lo es porque contravendría frontalmente el principio de trato igual, piedra angular de las políticas de integración en Europa, trato que consiente diversas medidas de discriminación positiva, pero ninguna de discriminación negativa. No hace falta decir que el trato igual constituye también una exigencia irrenunciable de la política democrática, como nueve décimas partes del libro de Sartori nos recuerdan convincentemente.

No parece que el debate, tal como se ha planteado, conduzca a parte alguna. Pero, además, el juicio de hecho sobre el que reposa es harto cuestionable: cualesquiera que sean las dificultades que obstaculizan la integración de las minorías étnicas, no parece que el diagnóstico de inintegrabilidad describa adecuadamente la realidad de los paquistaníes en el Reino Unido, los turcos en Alemania u Holanda o los magrebíes en Francia o Bélgica.

La experiencia histórica aconseja poner en solfa el fundamento de esos prejuicios selectivos. En Estados Unidos, el rol de bestia negra correspondió tradicionalmente a los asiáticos, discriminados durante decenios. La primera ley de inmigración, de 1864, sólo excluía de la universal bienvenida a los criminales, los indigentes y los chinos. En nuestros días, la minoría de origen asiático es la que presenta los indicadores más elevados de integración. En su día también fueron considerados inasimilables los irlandeses y los europeos del Sur y del Este, entre otras razones, por su religión. Ahora bien, el contrapunto del casandrístico cuadro dibujado por Sartori y otros no debería ser una visión arcangélica de la convivencia entre culturas. El acomodo de la diversidad, por usar la vieja expresión de Simmel, nunca ha sido fácil. En no pocas ocasiones, ese acomodo requiere transacciones complejas y medidas especiales. Es el caso, en el ámbito educativo, de la práctica religiosa, la alimentación o el atuendo de los escolares. Determinadas pautas de conducta culturalmente influidas -por ejemplo, entre hombres y mujeres o padres e hijas- pueden resultar inaceptables para la sociedad democrática y laica. La construcción de la identidad étnica en adolescentes y jóvenes puede resultar particularmente conflictiva en el contexto de una extendida percepción de confrontación entre el islam y Occidente, y dar lugar a una cadena de acciones y reacciones basadas en la desconfianza recíproca, el repliegue comunitario y la adopción de actitudes defensivas.

No existen recetas mágicas para estos y otros conflictos culturales. Pero cabe relativizarlos teniendo presente que el desagrado que aquellas prácticas suscitan es compartido por numerosos musulmanes, hasta el punto de que muchas jóvenes magrebíes emigran precisamente para



escapar de estructuras patriarcales opresivas; y evitando tanto generalizaciones abusivas, como visiones que reducen al islam a su versión fundamentalista. La solución a los inevitables conflictos difícilmente se encontrará fuera del respeto a la diversidad, de la tolerancia recíproca y del trato igual. Aunque no posean la condición de recetas mágicas, estos elementales principios constituyen seguramente el mejor camino hacia la 'buena sociedad' que Sartori nos enseñó a identificar.